

llamado Monte Blanco las cuatro columnas prusianas componiendo un total de 80,000 hombres. Llegó luego también la artillería de sitio, y el 10 del mismo mes se abrieron las trincheras; el 12 tomó Schwerin las fortificaciones del Monte Ziska desde donde pudo abrir un fuego tan eficaz sobre la ciudad, que el comandante conde de Harsch hubo de entregarse con la plaza y toda la guarnición. Antes de concluir el mes habían ocupado los prusianos también las plazas de Tabor y Budweis; y con esto quedaron dueños de toda la Bohemia. La cuestión era si la conservarían, y esto dependía de lo que hicieran los franceses, de que entretuvieran al príncipe Carlos ó le dejaran seguir la marcha con su ejército para libertar la Bohemia.

Respecto de este punto ya había avisado el ministro Podewils á su soberano á principios de julio que todo su plan impetuoso de campaña descansaba sobre dos bases muy poco seguras, á saber: la honradez y energía del gobierno francés, y la amistad y neutralidad del czar de Rusia; y que si una sola de estas dos bases fallaba, le podía costar su empresa mucho mas cara que la de Silesia. La Francia según decía Podewils no arriesgaba nada y solo podía ganar en esta empresa; procedería según su conveniencia cuando viese bien comprometida á la Prusia, tomando para sí lo que pudiera de la Flandes y quedándose junto al Rhin á la defensiva para ver venir los acontecimientos que resultasen de la campaña de Bohemia, donde Federico se encontraría solo en frente de todas las fuerzas austriacas; y finalmente no se prestaría ya nadie á hacer con él separadamente una paz que le sacara del compromiso, atendido que había faltado á la primera y dado la razón á aquellos que decían que con la Prusia no valían tratados.

La predicción del ministro se cumplió al pié de la letra. El príncipe Carlos efectuó su retirada y pasó el Rhin casi á la vista del duque de Noailles y de su ejército, mas numeroso que el austriaco; los franceses no hicieron tampoco ninguna diversion hácia el Danubio ni en dirección del Hanover; ningun obstáculo opusieron al príncipe Carlos, el cual pudo atravesar sin ser molestado toda la Baviera y dirigirse con su ejército á Bohemia, adonde llegó el 24 de setiembre situándose cerca de la población fronteriza de Waldmünchen. El 2 de octubre incorporó al ejército del príncipe el cuerpo del conde de Batthyany en Mirotitz, y el 21 y 22 de octubre se le unieron cerca de Wosseczan 20,000 sajones mandados por el duque de Weissenfels, resultando un total de 70,000 hombres á los cuales solo podía oponer Federico II 60,000; mas no era Federico hombre de contar las fuerzas enemigas, y así salió en 24 de octubre de su campamento de Konopischt para librar batalla al príncipe Carlos, contando á pesar de su inferioridad numérica con sus granaderos invencibles. A la caída de la tarde llegó cerca de Marschowitz, donde le aguardaba el ejército austriaco en una posición que reconoció Federico á la mañana siguiente por inexpugnable. Véase cómo él mismo se explica en sus obras: «Los austriacos ocupaban una montaña semicircular cuyo extremo izquierdo caía en frente de nuestra derecha, mientras el otro extremo con la derecha del enemigo se hallaba á grande distancia de nosotros. Al pié de la montaña extendíase un terreno pantanoso, atravesado por un arroyo fangoso; delante del ala izquierda del enemigo veíanse varias lagunas grandes que protegían todo el flanco y se prolongaban hasta detrás de las fuerzas austriacas. Empezamos nosotros hácia medio día á ocupar una altura en frente del centro del enemigo, pero el terreno firme á nuestra derecha era tan escaso que á duras penas habrían podido formarse seis batallones en órden de batalla, y aunque hubiera sido posible formarlos no había medio de dar un paso adelante por los precipicios y

barrancos que mediaban entre los dos ejércitos. Nuestro centro estaba condenado á una inmovilidad si cabe peor, porque una colina y dos depresiones considerables lo separaban del enemigo. Después de haber visto y examinado todo esto, habría sido una temeridad imperdonable empeñar una acción en semejantes circunstancias.» El rey en su consecuencia se retiró con su ejército al campamento que había abandonado el día anterior, observado por el enemigo que no se movió. El conde de Trann tuvo poco trabajo en vista de esto en convencer al príncipe Carlos de que siguiendo la misma táctica en adelante, podría obligar al rey de Prusia á abandonar la Bohemia, sin necesidad de arriesgar una batalla.

Budweis, Tabor y Frauenberg con los 3,000 hombres que guarnecían estas plazas habían sido recuperadas por los austriacos á pesar de la heroica defensa de los prusianos, cuando la falta de subsistencias obligó á Federico á trasladar su campamento á Bohdanetz en la orilla derecha del Elba; y finalmente viendo que no podía impedir el paso del río á los austriacos, en 19 de noviembre dió por perdida toda la campaña y se resolvió definitivamente á evacuar la Bohemia. A fines de noviembre empezó la retirada, que se efectuó con un órden admirable en tres columnas, por Braunau, Trautenuau y Glatz á Silesia. En dos meses habían recobrado los austriacos la Bohemia, sin una sola batalla, y por primera vez había perdido el juego tanto en el concepto político como en el militar su adversario mas temible.

Los militares franceses no habían cumplido con ninguna de las obligaciones estipuladas en 5 de junio, á despecho de todas las cartas de Federico II y de todas las instancias y apremios de su embajador el feldmariscal conde de Schmettau. La enfermedad del rey no podía disculpar al duque de Noailles de la falta de haber dejado escapar al ejército austriaco sin la menor molestia, porque el mismo rey después de restablecido, dió al conde de Argenson, su ministro de la guerra: «Escriba V. al mariscal de Noailles en mi nombre que mientras se enterra á Luis XIII ganó el príncipe de Condé una batalla», aludiendo á la de Rocroy en 19 de mayo de 1643.

De nada sirvió después la campaña que emprendió este mismo general en el Breisgau austriaco, que condujo á la toma de la plaza frente de Friburgo en 6 de noviembre, porque esto influyó tan poco en la marcha general de la guerra, como la victoria sangrientísima que sobre el rey de Cerdeña alcanzaron los españoles en combinación con los franceses, mandados aquellos por el infante Felipe, y estos por el príncipe de Conti, en 30 de setiembre cerca de Coni. La única consecuencia de esta batalla fué la retirada del ejército austriaco á las órdenes del príncipe de Lobkowitz, el cual después de haber permanecido cinco meses en su campamento de Nemi, desde donde en todo aquel tiempo solo una vez se había atrevido á hacer una salida para dar una sorpresa al ejército español-napolitano cerca de Velletri en la noche del 10 de agosto, contestó á las instancias del rey de Cerdeña, que reclamaba su pronto auxilio, con retirarse al fuerte triángulo de Pesaro, Fano y Urbino para pasar allí el invierno. No fué, pues, el auxilio de las armas austriacas el que salvó la plaza sarda de Coni, que se veía ya apuradísima, sino la bizarría de su comandante el baron de Leutrum, que obligó á los españoles y franceses á desistir del sitio en 22 de octubre de 1744. Los franceses se retiraron á Saboya, Niza, la Provenza y el Delfinado, donde tomaron cuarteles de invierno.

Mas fatales y mas trascendentales que todos estos sucesos resultaron para los aliados del 5 de junio dos muertes: la de la duquesa de Chateauroux que ocurrió en 8 de diciembre

de 1744, y la del emperador de Alemania y elector despojado de Baviera, Carlos VII, acaecida en 20 de enero de 1745. La duquesa había sido la defensora de la causa de Prusia en la corte francesa; y con el emperador Carlos se enterraron todos los planes de la política alemana del rey Federico II de Prusia.

V.—FONTENAI Y HOHENFRIEDBERG.

En 1743 había alcanzado el rey Jorge II un poder personal en frente del parlamento y de su comisión gubernativa ó sea el ministerio, que ningún inglés, cualquiera que hubiese sido su opinión política, hubiera creído posible cuando se hizo la ley de sucesión. Desde el 21 de abril, día en que suspendió las sesiones del parlamento para poder visitar su electorado de Hanover, hasta su vuelta á Inglaterra en 15 de noviembre, había dirigido toda la política extranjera de Inglaterra sin consultar á nadie; había hecho la guerra y celebrado tratados que imponían al país compromisos y obligaciones gravísimas sin que el parlamento ni los ministros lo llegasen á saber hasta que lo leyeron en los periódicos. El único ministro que acompañaba al rey, y que servía todos sus caprichos con un fanatismo y un menosprecio brutal de todas las formas y tradiciones cancellerescas, tales como en Inglaterra jamás se habían visto, era lord Carteret, el secretario de Estado encargado del departamento de negocios extranjeros del Norte. Walpole, á la sazón lord Oxford, observaba con curiosidad y terror las sendas vertiginosas en que entraba y que seguía ciego aquel «aventurero orgulloso.» En una carta que escribió á Pelham y que lleva la fecha del 20 de octubre dijo: «Atropellar por todo y ceder al rey en todas sus malhadadas debilidades solo para hacerse bien querido de él, sin ver que se enreda en un laberinto de esperanzas que jamás pueden realizarse, solo puede ser obra de un ciego.»

Los ministros estaban indignados de la ninguna consideración con que les trataba su colega, como si ni siquiera existiesen en el mundo; como si no existiese el parlamento ante el cual eran del mismo modo que él responsables de lo que hacía sin consultarlos, y como si la nación inglesa no tuviese el derecho de pedir cuentas á un gobierno que disponía á su antojo y capricho de su dinero, de su sangre y de su honra. Todos los actos de lord Carteret y del rey estaban envueltos en impenetrable misterio. Por lo regular no escribía el ministro nada á sus compañeros, y cuando lo hacía les comunicaba lacónicamente cosas que ya eran de todos sabidas. Sin haberles consultado ni dicho una palabra, les mandó el tratado de Worms del 13 de setiembre y la convención del 14 de octubre con sus obligaciones inauditas, para que suscribiesen simplemente estos documentos como quien está obligado á ello. Este procedimiento pareció al duque de Newcastle altamente extraño, injusto é imperdonable, y así lo manifestó añadiendo que de semejante hombre no debía haberse esperado otra cosa. El lord canceller declaró á Carteret que jamás pondría el sello de Inglaterra en un documento que obligaba el país á pagar 300,000 libras esterlinas anuales á título de subsidios á María Teresa mientras esta soberana *los necesitara*, cosa que el ministerio encontró demasiado fuerte. Carteret contestó que si el lord no ponía el sello, lo haría el rey. Después de muchas sesiones tempestuosas, redujo el ministerio la citada subvención al tiempo que durase la guerra.

Tampoco supieron los ministros, á excepcion de Carteret, nada de las promesas que el representante del rey de Inglaterra había hecho á la reina de Hungría y de Bohemia cuando los preliminares de la paz de Breslau.

Para condenar la conducta despótica de Carteret no era necesario conocer estos actos secretos; bastaba para derrotarle ante la opinión pública, lo que sabía todo el mundo. De este trabajo se encargó Guillermo Pitt, y lo hizo en un discurso que pronunció en el mes de diciembre del mismo año, y del cual ya hemos tenido varias veces ocasion de citar algunos pasajes. La justa indignación que causó esta política tan incalificable por su espíritu como por la manera de ser practicada, provocó también en el seno mismo del ministerio una desavenencia que condujo irremisiblemente á la caída de lord Carteret, á despecho de todos los esfuerzos que hizo el rey para no desprenderse de este ministro.

Mientras el rey y Carteret seguían todavía en el teatro de la guerra en el continente, había ocurrido en el gabinete inglés una modificación importante. A consecuencia del fallecimiento de lord Wilmington, primer lord de la tesorería, ó sea ministro de hacienda, y según la costumbre que prevalecía desde Walpole, presidente del ministerio y cabeza principal de toda la administración, había entrado en tan importante puesto Enrique Pelham en 16 de agosto de 1743, á pesar de todos los esfuerzos que hizo Pulteney, agraciado con el título de lord Bath, para lograr este empleo para sí. El hermano de este Pelham, que había nacido en 1696, era Tomás Pelham, duque de Newcastle, y secretario de Estado ó sea ministro de negocios extranjeros meridionales, nacido en 1693. Ambos hermanos, con el apoyo enérgico del lord canceller Felipe Yorke, ascendido á lord Hardwicke y hombre de grandísimo talento, trabajaron asiduamente para hacer entrar la situación confusa del continente en un derrotero mas despejado, y para eliminar al ministro Carteret que, aun cuando por pura excepcion y contra su costumbre no estaba ébrio, hacía la misma política que si lo estuviese.

El lord canceller, cediendo á los deseos del duque de Newcastle, abrió el fuego contra el ministro favorito del rey por medio de una exposición detallada del modo como dirigía lord Carteret los negocios extranjeros. Esta exposición, principiada en setiembre de 1744 y concluida al mes siguiente, fué presentada al rey el primero de noviembre por el duque de Newcastle, con la declaración de que aquel documento era la expresión de la opinión del lord canceller, de él, de su hermano y de algunos otros miembros del gabinete. Dos horas después devolvió el rey el escrito al ministro sin decir palabra, pero manifestó su opinión en una adición que puso al borrador del discurso del trono que había redactado el lord canceller para la apertura del parlamento próximo y que había sometido también á la aprobación del rey. Esta adición consistió en decir que el rey no consentiría en firmar ningún convenio de paz «que no dejara satisfechos á todos sus aliados.» Estas palabras encerraban la idea principal del rey y de su ministro Carteret; por cuya razón no las admitieron los hermanos Pelham y sus partidarios en el ministerio; pero solo lograron la modificación de que el rey declarase que no abandonaría á sus aliados.

En vista de esto Carteret, que entre tanto por muerte de su madre había heredado el título y nombre de conde de Granville, propuso al rey la formación de un nuevo ministerio compuesto de miembros de la oposición, con el objeto de deshacerse de sus colegas contrarios á sus manejos; pero llegó tarde, porque los hermanos Pelham, duchos en el tráfico de empleos y en la conquista de votos, le habían ganado por la mano, con grandísima satisfacción de Walpole, su maestro en el arte de hacer ilusorio el parlamentarismo por medio de una regular subvención dada á los parlamentaristas. Los jefes de la oposición hicieron que sus amigos se abstuviesen de discursos sobre principios y reformas, discursos ya extemporáneos desde el momento en que se había

alcanzado su objeto, que era llegar al poder. El duque de Redford, los lores Chesterfield y Gower, los Pitt y Littleton no quisieron oír hablar más de aquellos proyectos que sus amigos mismos habían propuesto, ni de la ley para reducir los siete años de duración del parlamento, ni de nuevo bill de empleados preparado para ser presentado á la cámara de los comunes, ni de la exigencia de un cambio en la política exterior de Inglaterra. Sin condicion ninguna se adhirieron á

la política de los hermanos Pelham; y cuando llegó el nuevo conde de Granville á hacerles proposiciones, le declararon que no contara con el apoyo de ninguno de ellos mientras continuase en el ministerio.

Viéndose abandonado de todos dirigióse primero Carteret (Granville), y luego el mismo rey al anciano Walpole, conde de Oxford; pero este les aconsejó que se sometiesen á la voluntad de la mayoría del gabinete. Hubo de conven-



Mauricio de Sajonia, duque de Curlandia y de Semigalia. Mariscal de Francia

cerse el rey, por mucho que le humillara y le doliera, de que era impotente contra un ministerio que tenía de su parte, no ya la mayoría, sino toda la cámara de los comunes. El 23 de noviembre se rindió ante este poder superior al suyo y declaró al lord canciller su resolución de despedir al conde de Granville. Al día siguiente pasaron los sellos de la secretaría de Estado á manos de lord Harrington, á quien los demás ministros habían recomendado con gran empeño y que fué aceptado por el rey. Antes de quedar constituido del todo el ministerio modificado, reunióse el parlamento en 27 de noviembre para oír el discurso del trono redactado por los hermanos Pelham. Este discurso obtuvo general aplau-

so, con lo cual creyó el rey que saldría de la dificultad consolo el sacrificio de su ministro favorito; pero se equivocó; y cuando el gabinete le propuso á lord Chesterfield y á Guillermo Pitt, los dos adversarios más acérrimos de su política hanoveriana, para dos cargos elevados, salióse de sus casillas. Respecto del primero contestó al duque de Newcastle: «No tendrá nada; y le mando á V. que no me moleste más con semejante insensatez. He consentido en separarme de las personas de mi predilección; pero jamás consentiré en tomar á mi servicio personas que me son antipáticas.» Sin embargo, no solamente tuvo que firmar el nombramiento de Chesterfield, sino los de muchas otras personas á quienes odiaba

con todo su corazón hasta que la nueva administración quedó establecida sobre las deseadas «anchas bases». Solo con Pitt fué inexorable. Los Pelham le habían destinado para el ministerio de la guerra, pero cuando Pitt vió que no había medio de vencer la resistencia del rey, se consoló esperando una coyuntura más propicia, y en la seguridad de que no faltaría, se hizo aliado fiel del nuevo gobierno, tanto, que no le abandonó, aun cuando le vió seguir con más celo que el anterior el derrotero fatal contra el cual se había levantado en el parlamento con razones tan sólidas y con una oratoria tan estrepitosa. Así aquel cambio laborioso resultó ser un cambio puramente de personas, no de sistema, ni de política, exactamente como el anterior ocurrido en 1742.

Al saber lo ocurrido, respiró el rey de Prusia, porque la caída de su adversario más feroz era el primer rayo de luz consolador después de la campaña desgraciada de Bohemia. Fueron por tanto sinceras las felicitaciones que hizo presentar por su embajador en Londres á los hermanos Pelham y á lord Harrington, y sincera era también la esperanza, que el embajador tuvo el encargo de expresar, de que por fin se reconocería la comunidad de intereses de las dos potencias protestantes, la Gran Bretaña y la Prusia, que uniéndose sus esfuerzos lograrían restablecer la paz general. Pero cabalmente Jorge II temía lo que Federico II tanto deseaba; y el caso fué que los dos quedaron chasqueados.

La carta del rey de Prusia á su embajador Andrié en Londres lleva la fecha del 20 de diciembre de 1744, y en 5 de enero de 1745 obtuvo el lord canciller una audiencia de Jorge II que todavía estaba irradisimo por los sucesos últimos. Con ánimo de reconciliarse con él, le dijo el canciller que la nueva administración no se oponía á la guerra sino que muy al contrario deseaba darle impulso con toda decisión. Oída esta declaración rompió el rey su silencio, empujando por desahogar su disgusto por la coacción de que había sido víctima, y concluyendo con estas palabras: «He hecho todo cuanto V. me ha pedido; he puesto todo mi poder en manos de V., y supongo que V. sabrá aprovecharlo»; á lo cual le contestó el lord canciller: «No basta la provisión de los empleos, si V. M. se esfuerza en hacer ver al mundo que desapruéba su propia obra» «¡Mi obra! exclamó el rey; para esos nombramientos he sido cohibido y amenazado.» Y cuando el canciller le dijo después: «Los ministros, señor, no son más que los instrumentos gubernativos de V. M.», le respondió el rey con sonrisa amarga: «En esta tierra los ministros son el rey.»

Esta observación era exacta respecto del gobierno interior del país, pero no respecto de la política exterior en la cual se mostraba el inmenso poder del rey con una claridad tan brutal que nos deja estupefactos. Con tal que se sometiera á las reglas y prácticas parlamentarias, se ve que podía arrastrar consigo todo el supremo consejo de la nación á las aventuras más estrambóticas en los asuntos del continente; porque habiendo caído Carteret por seguir exclusivamente la política hanoveriana y personal del rey sin hacer ningún caso de los intereses de Inglaterra, sus sucesores en el ministerio se dedicaron á servir la misma causa tan criticada por la opinión pública con un interés, con un fuego, una perseverancia y un derroche de subsidios que sobrepujaron á todo cuanto se había hecho hasta entonces.

Para esta política hanoveriana eran la Francia y la Prusia los únicos y verdaderos enemigos de la paz tan anhelada por el mundo; y justo era no retroceder ante ningún medio ni gasto para aislar y aniquilar á aquellos enemigos del orden, quitarles sus aliados y suscitar contra ellos enemigos nuevos.

De ahí que no titubearan estos celosos servidores del rey en

recargar al tesoro inglés, solo en el año 1745, con los siguientes subsidios:

para la reina de Hungría	500,000	libras esterlinas
» el rey de Cerdeña. . .	200,000	»
» el príncipe elector de Sajonia. . .	100,000	»
» el príncipe elector de Colonia. . .	24,299	»
» el príncipe elector de Maguncia. . .	8,620	»
Total. . .	832,919	libras esterlinas ó

sean aproximadamente 20.823,000 pesetas.

La primera acción notable que reveló el carácter del nuevo gabinete fué la realización de un convenio, preparado desde largo tiempo, con el Austria, la Holanda y la Sajonia, al cual debía luego solicitarse la adhesión de la Rusia y la Polonia. Después, el embajador inglés en la corte de Sajonia, Villiers, firmó un convenio particular con el ministro conde de Bruchl en 8 de enero de 1745; y otro en Varsovia con el conde de Esterhazy en nombre del Austria, y con Cornelio Calkoen en el de Holanda, obligándose el elector de Sajonia á dar un contingente de 30,000 hombres contra la Prusia y la Francia en cambio de 100,000 libras de subsidios anuales que pagaría la Inglaterra, y 150,000 florines anuales que pagaría la Holanda. Además el elector de Sajonia, en un artículo secreto, ignorado por una de las potencias firmantes, la Holanda, se obligó á apoyar con todas sus fuerzas la elección del gran duque de Toscana (1) para el trono imperial de Alemania. La participación en el pago de los subsidios fué todo cuanto se logró de los Estados Generales de Holanda que contestaron á las instancias del gobierno inglés para que declarasen también formalmente la guerra á la Francia, preguntándole por qué el rey de Inglaterra quedaba neutral como elector de Hanover, mientras mandaba como rey de Inglaterra tropas hanoverianas asalariadas por el tesoro inglés contra la Francia y sus aliados.

La segunda acción significativa del nuevo ministerio inglés fué la traslación de las tropas hanoverianas del servicio de Inglaterra al de la reina de Hungría María Teresa, aumentando á consecuencia de esto las 300,000 libras esterlinas de subsidios anuales hasta 500,000. El licenciamiento de los hanoverianos del servicio inglés, fué una cuestión de dignidad para los patriotas ingleses que desde una serie de años estaban vomitando torrentes de befa y menosprecio contra aquellos soldados mercenarios. La complacencia para con los deseos personales del rey por una parte, y la lógica por otra, exigían la separación de estas tropas del servicio de Inglaterra y su traslación al del Austria; y la misma lógica requería que con las tropas se trasladase á la misma potencia el sueldo que la Inglaterra les pagaba. Todo este negocio era tan específicamente inglés y parlamentario que W. Coxe al relatarlo en su historia, se muestra sinceramente extasiado de la sabiduría salvadora de aquellos hombres de Estado que supieron encontrar tan feliz salida para el compromiso moral en que se hallaban. Guillermo Pitt se encargó de probar en la cámara de los comunes que la política del nuevo gabinete era completamente distinta de la del anterior, y lo hizo con una energía que por lo común solo es hija de la convicción íntima de la justicia de la causa que se defiende.

El tercer acto característico del «nuevo ministerio con la política del anterior» fué la mediación para la paz realizada

(1) El esposo de María Teresa, duque de Lorena. (N. del T.)